Traducción de Marcelo E. Mazzanti y Nuria García Caldés

laGalera

Primera edición: marzo de 2014

Diseño de cubierta: Mariano Rolando
Diseño de interior: Book & Look
Maquetación: Marquès, S.L.

Edición: Marcelo E. Mazzanti
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2014, J.L. Badal, del texto
© 2014, Zuzanna Celej, de las ilustraciones
© 2014, Núria Garcia Caldés, de la traducción
© 2014, la Galera SAU Editorial,
por la edición en lengua castellana

la Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 – 08019 Barcelona
www.lagaleraeditorial.com

Impreso en Egedsa
Roís de Corella, 16. 08205 Sabadell

Depósito legal: B-2.471-2014
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-4937-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

I

Una casa.
La historia de la sirena.
El cuervo.

Érase una vez dos hermanos, un oso, un árbol maravilloso y un niño hecho de yogur.

De eso no hace mucho tiempo, ni sucedió lejos de aquí.

Los hermanos eran una niña y un niño. Se llamaban Amaya y Gustavo, pero un día decidieron que sus nombres no les gustaban así: «A-ma-ya», «Gus-ta-vo», de forma que ellos mismos decidieron cambiárselos y acabaron llamándose Maya y Tavo. Y en algún lugar de este mundo aún deben de llamarse así.

Vivían en una pequeña ciudad cerca del macizo de San Lorenzo y la sierra del Obac, en una casa aún más pequeña y vieja que la ciudad.

La casita, bien conservada, solo tenía una puerta, cuatro ventanas y una claraboya en el techo. En la parte trasera, después de un pequeño patio, había un callejón por donde pasaba tan poca gente que no estaba ni asfaltado.

En el patio había un pozo tapado con una puerta de hierro oxidado, un banco de piedra y plantas aromáticas: hierba luisa, romero, albahaca,

tomillo, orégano, menta, dos rosales, geranios, un jazmín que trepaba por el muro y un pequeño limonero que daba un limón por año. Cuando el limón se volvía amarillo, y finalmente dorado como el oro viejo, caía solo, silenciosamente, al suelo. Los dos hermanos lo recogían, hacían una limonada y guardaban en una cajita de latón las tres pepitas que invariablemente tenía el limón. La razón es sencilla: todos los niños guardan cosas aparentemente insignificantes en estuches, cajones, sacos, bolsitas, cajas de madera o cajitas de lata. Y no hace falta dar más explicaciones sobre el tema.

Los dos niños vivían con sus padres y un abuelo. El abuelo, de hecho, vivía en la buhardilla de la casa, en la que había instalado una cama (donde hacía la siesta) y un lavabo, entre una infinidad de libros tan viejos que nadie tenía permiso para tocarlos. A veces no bajaba a comer, de tan concentrado que estaba en sus cosas. Entonces los niños le subían una bandeja con una merienda que parecía hecha para tres personas: bollos caseros aún calientes, rebanadas de pan con sal y aceite, magdalenas de piñones, coca de azúcar, media tableta de chocolate, un té, galletas de mantequilla, un gran bol de leche y una tacita de confitura de frambuesa o de naranja, macedonia de fruta y tres yogures.

Él se lo comía todo, excepto dos de los yogures y parte del chocolate.

—Tomad, comed.

—Abuelo...

—¿Es que queréis que vuestra madre me regañe porque no me lo he acabado todo?

Pero hay que decir que a los dos hermanos les gustaba tanto el yogur

y el chocolate que siempre complacían a aquel abuelo seco y alto y con el cabello deshilachado como una nube. Era un cabello blanco donde a veces, como si fueran extrañas frutas, él se dejaba un lápiz, unas gafas, un piñón o una hoja seca de roble que quién sabe cómo habría ido a parar allí.

A menudo los padres de Maya y Tavo tenían que viajar y estar fuera de casa durante una o dos semanas. Tenían un trabajo que los niños no entendían y para el que necesitaban un pequeño maletín negro y viajar en avión.

Aquellos eran días extraordinarios. El abuelo Drus (lo llamaban así desde hacía tanto tiempo que hasta su hija, la madre de los niños, también lo hacía) los dejaba jugar por toda la casa, salir sin permiso al callejón trasero y revolver por la buhardilla mientras él leía y llenaba sus cuadernos de notas. Con dos condiciones: que no abrieran por nada del mundo la portezuela del pozo y que no tocaran los libros que él tenía en pilas, hileras, estantes, vitrinas, cajones, baúles y hasta en un cubo de aluminio. El resto estaba a su disposición.

En la buhardilla había dos sables chinos, arcabuces y pistolones, un florete de mosquetero, catalejos, cuerdas antiguas, dos enormes hachas oxidadas, un garfio de plata, flechas indias en un carcaj, unos discos negros con música pasada de moda, una lira hecha con el caparazón de una tortuga gigante, un violín Guarnerius que tenía cuatrocientos años de antigüedad, un timbal hecho con el cráneo fósil de un animal prehistórico, extraños mecanismos que funcionaban con cuerda, pequeñas palancas y engranajes... y una pequeña mano de mármol blanco, tan bien hecha que parecía que sus dedos fueran a agarrarse al pulgar de

quien la tocaba. Los niños solían acariciarla. Tenían la sensación de que a la mano le gustaba.

El abuelo también les enseñaba a veces una vieja red de pescador que había usado para pescar una sirena. «No una sirena de cuento», añadía; «una sirena de verdad».

Como todo el mundo sabe, las sirenas tienen que ir siempre desnudas. Bajo el agua la ropa solo molesta y no sirve para nada. Apenas llevan, a veces, trozos de coral en los cabellos, diademas de lava submarina o aletas de pez barnizadas con lágrimas de ballena.

La sirena de nuestra historia se encontraba bajo el océano y bajo un pequeño velero hundido, que tenía un gran agujero en el casco, producido probablemente por un torpedo o un escollo. Presa de la curiosidad infinita de los seres del mar, la joven sirena recorrió entera la pequeña nave.

Cuando llegó al camarote principal se estremeció. Había, aún abrazados, dos cuerpos: un chico y una chica jóvenes, pálidos, con los ojos dulcemente entrecerrados. Dos peces payaso habían hecho un nido en los cabellos de él, que parecía sonreír.

Debían de haber estado durmiendo en el momento del naufragio. Debían de estar reposando tan profundamente uno en brazos del otro que no se habían despertado en el momento del impacto. ¡Cuánto se querrían! Por encima de ellos, como si deseara no apartarse, flotaba un largo pañuelo de seda que se desplegaba y replegaba tranquilamente con los latidos del agua, como un corazón. Era de un color rosa tan suave que la sirena creyó que aquel delicado tejido era el fruto natural del amor de dos humanos. ¡Como si de sus corazones pudiese nacer una flor, una llama rosada!

Temblando, la sirena cogió el pañuelo con dos dedos. Se lo pasó por la mejilla, por la frente, por el cuello, y se hizo con él un collar de dos nudos. Mientras nadaba, el pañuelo flotaba detrás de ella como la cola de un cometa y le recordaba que en el mundo, bajo el mar o en el país fabuloso de fuera del agua, existía el amor.

Pero, ay, la sirena había olvidado que, bajo el agua, un trozo de tela como ese podía ser bonito, pero también podía enredarse con algo.

Un día en que seguía a un grupo de peces-mariposa, deslumbrada por los amarillos y naranjas fosforescentes de sus cuerpecillos, la cola del pañuelo de seda se quedó hecha un nudo en la red de un pescador.

Primero sintió el horror del ahogo, los espantosos segundos en que notó una tenaza en el cuello que la estrangulaba. Después, una mano endurecida y seca que la cogía y la alzaba por su cola de pez. Entonces la sirena vio por vez primera unos ojos negros.

Y esos ojos negros de joven pescador contemplaron por vez primera los ojos azules, punteados de perlas rosadas, de una sirena.

Los dos supieron al instante que se habían enamorado como en los cuentos. Cuando las barcas de los compañeros de él empezaron a

acercarse, la sirena se quitó el pañuelo del cuello, lo cortó en dos con sus colmillitos puntiagudos de animal marino, ató una de las mitades al cuello del pescador y volvió a ponerse la otra. Gracias a aquel pañuelo volverían a encontrarse. Se miraron por última vez a los ojos. La sirena volvió a sumergirse, con un dolorido suspiro, como el grito agudo de una gaviota.

Después, en un puerto de Turquía, el joven marinero perdió el pañuelo jugando a las cartas. Había bebido y había hablado de más; ya no le quedaba nada.

La sirena vagó como loca hasta que, desfallecida y malherida, buscó refugio en una pequeña cala del norte. Allá fue donde la encontró el abuelo Drus.

Porque, como todos los abuelos, el abuelo Drus contaba historias extrañas siempre que se le escuchara atentamente. O leía capítulos de viejas novelas hasta que la luna aparecía por la claraboya del techo, se hacía muy tarde y había que ir a dormir.

Un día, como casi todos los niños, Maya y Tavo se perdieron.

Habían ido de excursión con sus padres a la sierra del Obac. Llevaban tortilla de patata y libritos de carne rebozados para comer, aceitunas, fruta y un bizcocho que habían preparado la tarde anterior. Agua y un poco de té con miel en un termo.

Habían caminado mucho. Habían bajado a una cueva. Se habían subido a una encina. Habían descubierto, enterrados bajo la hierba seca y la arcilla, unos pequeños huevos que no sabían de qué eran. Abrieron uno para ver qué salía: solo había una yema espesa y amarilla y una clara líquida.

Atravesaron un pequeño robledal, donde se detuvieron a beber agua. Hacía mucho sol. Su madre les preguntó:

—¿El abuelo os ha hablado ya del Abuelo Roble?

Los niños no conocían a ningún «Abuelo Roble». Su madre acariciaba un viejo tronco de árbol. Miraba hacia la frondosa copa, hacia el cielo, tan arriba y tan lejos de donde estaban que parecía que viera cosas que habían desaparecido hacía ya muchos años y que nadie más veía.

—Ya lo hará... —-siguió— Pronto os lo contará, ya veréis.

—Dinos quién es el Abuelo Roble...

Su madre sonrió:

—Dejemos esas historias para el abuelo, ¿de acuerdo? Él las sabe contar mejor que yo.

Y siguió caminando.

Después de comer, su padre se acostó a hacer la siesta y su madre se puso a leer una enorme novela.

—No vayáis lejos.

—Solo vamos hasta ese árbol...

—Sed... prudentes... —murmuró su padre desde debajo del sombrero blando que le cubría la cara. Quizás ya estuviera durmiendo.

Pero el cuervo que hacía rato que los seguía alzó el vuelo.

El pajarraco extendió sus alas negras y dio dos vueltas por encima de los niños. Después se hundió en la espesura del bosque, antes de que llegaran ellos. Mientras se alejaba soltó un graznido amenazador que los dos hermanos no reconocieron:

—¡Grag!

II

Sol.
El fuego mágico y la Vieja Devoradora.

Al cabo de un rato se habían perdido.

Sucede a menudo: a medida que se iban cansando de caminar habían empezado a rezongar.

Tavo quería que Maya jugara a que eran dos osos que hablaban. Maya no quería. Ella quería jugar a que eran dos niños mágicos.

—Siempre hay que hacer lo que tú dices... —se enfadó Tavo.

—Pues mira quién habla... —respondió Maya.

Mientras seguía refunfuñando, Tavo se puso a perseguir a una mariposa azul.

—¡No vayas lejos! —le ordenó Maya.

—¡No vayas lejos tú!

De repente, Tavo rodó por una pendiente.

Mientras Maya lo desenredaba de los zarzales a donde él había ido a parar, hizo caer una colmena de abejas. Las abejas empezaron a zumbar como locas. Los dos hermanos echaron a correr.

Saltaron por sobre un riachuelo, se deslizaron sobre el musgo, se escondieron en una cueva.

Las abejas ya no estaban.

—¿Dónde estamos ahora?

De repente pareció como si la cueva se oscureciera. Oyeron a un ser que se arrastraba pesadamente. Una forma enorme surgió del interior:

—¡Corre!

Un bramido fuertísimo los siguió:

—¡Bargh!

¡Debía de ser una bestia gigante! Tenían tanto miedo que les pareció que el bramido los amenazaba: «¿Quiénes sois? ¡Fuera de aquí!».

Los dos niños corrían sin saber hacia dónde. No se atrevían a gritar por miedo a que la bestia los oyese. El corazón les latía tan rápido que apenas conseguían respirar.

Sudando y entre resoplidos, llegaron a un claro.

Las encinas se aclararon de repente y se abrió ante ellos un círculo donde solo crecía una fina hierba. Se detuvieron para respirar.

El sol brillaba de lleno. La hierba relucía como si acabara de llover. De vez en cuando se abría una violeta que aún nadie había visto nunca, o una espiga mecía su cabeza llena de grano aún verde. En el límite del claro, un pequeño madroño estaba lleno de frutas que empezaban a madurar, recién amarillas y poco dulces. Se oían abubillas, un jilguero. El carrasqueo de las cigarras, que sonaba como un reloj viejo y ruidoso.

En mitad de aquel círculo entre los árboles había un tronco, un leño encendido.

—¡Mira, fuego!

Era un fuego tan claro que no se apreciaba a primera vista. Pero eran

llamas. Llamas casi transparentes que danzaban con sus alegres cabecitas azules. Extrañamente, no soltaban nada de humo.

Los dos hermanos se acercaron a aquel débil fuego que tampoco dejaba rastro alguno sobre la hierba, ni siquiera un poco de ceniza. Miraron sorprendidos el leño enrojecido, que no parecía consumirse ni se abría. Cuando lo tuvieron muy cerca (quemaba tan poco que parecía como si pudiera ser cogido con las manos) quedaron fascinados por esas flores de fuego que se alzaban un instante, dejaban una lengüecilla de color carne y agua en el aire y desaparecían. Y después volvían a nacer, con un chisporroteo tan dulce que más parecía el fluir de un riachuelo.

—Tenemos que apagarlo —dijo Maya—. ¡Podría incendiar todo el bosque!

—Podríamos tostar un poco de...

—¡No! ¿Y si se incendia todo?

Tavo se desabrochó una pequeña cantimplora que llevaba colgada del cinturón y la vació sobre el leño.

Pero ni el agua se evaporó con el fuego, ni salieron chispas, ni pasó nada de nada. El agua resbaló hasta el suelo.

—¡No se apaga!

Intentaron echarle tierra por encima, con el mismo resultado.

—¡Haz pipí, Tavo!

—¿Por qué yo?

—¡Pues porque tú eres niño!

Pero tampoco eso sirvió de nada. El fuego resistía cualquier líquido o materia. Frágil e incinerado como parecía, el leño tampoco podía ser roto ni a pedradas.

En cambio, cuando recibía un golpe, crepitaba como si se quejase.

Todo resultaba de lo más inútil y extraño.

Un cuervo graznó por encima de los niños. Se asustaron.

—¡No lo apagaréis!

Miraron hacia arriba. ¿Quién había hablado?

Detrás de ellos había una vieja. ¡Vaya boca más negra que tenía!

Con un puñado de harapos sucios y requemados en vez de ropa, la vieja daba miedo. Tenía los cabellos desmadejados alrededor de su cara ennegrecida, como una zarza de ceniza. Tenía una nariz finísima y torcida en forma de pico de cuervo, entre dos ojos grises ribeteados de naranja que recordaban los de una serpiente. Pero lo que más miedo daba a los dos niños era aquella boca. No podían apartar los ojos de ella. Los labios, muy finos, se habían ido oscureciendo con los años hasta adquirir el color del alquitrán. Los dientes, minúsculos, redondos y opacos, también eran negros. El resto de la cavidad bucal parecía una chimenea que en vez de lengua tuviera un tentáculo de petróleo espeso. Cuando hablaba, rechinaba como una vieja estufa oxidada.

—¡Dadme de comer! —Su voz seca pareció crujir, casi ininteligible.

Sobre los hombros llevaba una mantilla negra y agujereada que parecía moverse por sí sola.

Maya y Tavo se habían quedado paralizados. La vieja se les acercaba mucho para hablar. Los miraba al fondo de los ojos tan intensamente que los dos niños sentían una punzada en el interior de la nuca.

Maya reaccionó primero. Sacó un paquete con unas pocas galletas que le habían quedado en el bolsillo.

—Solo tenemos...

La vieja le arrebató el paquete de un manotazo y se lo metió todo en la boca, incluidos el envoltorio de plástico y una goma elástica que lo mantenía cerrado.

—¡Máááás! —ordenó.

Tavo le echó el trozo de bocadillo que le quedaba, envuelto en papel de aluminio y dentro de una bolsa de plástico. La vieja lo devoró todo.

—¡Más! ¡Dadme más de comer!

—No tenemos...

—¡El niño! —la mujer señaló a Tavo—. ¡Lleva caramelos en el bolsillo!

Los ojos de la vieja se habían vuelto más vivos y su boca se abría mucho para ordenar o para devorar. Señaló el bolsillo de Tavo con un dedo torcido y una uña amarilla.

Le lanzaron los caramelos, envueltos.

—¡Los pañuelos de papel de la niña! —Y señaló el bolsillo de Maya. Y los niños obedecían. Tenían la barriga revuelta, se sentían mareados.

—¡La linterna!

—¿Con pilas y todo?

—¡He dicho que la linterna! —Y la boca se abrió descomunalmente para deglutirlo todo.

Tavo cogió unas ramas del suelo y, mientras la vieja masticaba, las tiró dentro de aquella boca de estufa. ¡También se las comió! Un hilillo de humo lechoso le brotaba de la comisura de los labios.

—¡Las cantimploras! —Y se las tiraron. La vieja tenía tanta hambre que las pescaba al vuelo directamente con la boca, como un gato salvaje.

—¡Ya no tenemos nada más!

—¡Dame las llaves de casa, niña!

Maya no podía resistirse a aquellos ojos. Le tiró las llaves.

—¡Los zapatos! ¡Los calcetines!

Los niños, descalzos, se cogieron de la mano. Sabían que tenían que huir pero no sabían cómo. La vieja los mantenía pegados al suelo con su mirada vacía y gris. El monstruo se les acercó aún más.

—Qué ojos más ardientes tenéis... ¡Dádmelos!

Los niños se apretaron las manos.

—¡No! ¡Vámonos! —dijeron. Pero sus pies seguían clavados al suelo, como si de los dedos les hubieran salido pequeñas raíces.

En ese momento habló otro personaje:

—¡Yo!

La vieja no hizo caso. Miró arriba y ordenó: «¡Cuervo! ¡Arráncales los ojos!».

Volvió a mirarlos y arrugó la cara como una manzana al horno.

—¿Pero qué hacéis? ¡No lloréis! ¡Estáis estropeando el fuego precioso de los ojos! ¡No me gustan los lloricas! ¡Uy!

Entonces apartó al cuervo de un golpe. Esta vez la vieja se acercó hasta tocarles la frente con la nariz. Susurró:

—Decid «blanco»...

—«Blanco» —titubearon los dos niños, temblando.

A la vieja se le llenó la boca de repente. Masticó como si estuviera ahogándose. Se atragantaba y reía a la vez; cayó de culo al suelo. De entre los dientes le rezumaba un humo blanquísimo.

Se les había comido una palabra.

—Maya... No recuerdo qué palabra hemos dicho...

—¡Se la ha comido! Tavo... Era un color, como nieve... Pero, ¡corre! ¡Vamos!

Se apartaron aprovechando que la vieja aún no se había levantado del suelo.

Entonces volvieron a oír:

—¡Yo!

Era el leño, que hablaba.

—¡El leño! Quiere decirnos algo...

—Pero, Tavo... Esto no es un cuento...

—¡Yo! ¡Boca vieja! ¡Clec! ¡No quemo!

—¡El leño! —gritó Maya—. ¡Dice que lo echemos a la boca de la vieja!

Maya y Tavo, que, como todos los niños acostumbrados a escuchar cuentos, estaban preparados para solventar las situaciones más inusuales, cogieron el extraño tronco con mucho cuidado. ¡No quemaba nada! Las llamas hacían cosquillas. Unos agradables temblores que subían hasta la cabeza por la columna y bajaban hasta el dedo más pequeño del pie como minúsculas alitas que mariposearan por dentro de los huesos.

—¡Aaaaaah! —bostezó la vieja. Estaba atiborrada con las dos palabras «blanco» que había devorado, pero volvió a abrir la boca.

—¡Tengo más hambre! ¡Dadme más comida! ¡Dadme vuestras manitas calientes!

—¡Ten!

Lanzaron el leño dentro de la negra boca, que se abrió enormemente. El tronco cupo entero.

Pero ahora, en vez de tragar, el vejestorio cayó al suelo entre toses, alaridos y unos chillidos espantosos.

—¡Ay! ¡Quema! ¡Socorro! ¡Quema!

—¡Graaag! —Su fiel cuervo intentaba ayudarla. Introducía sus uñas afiladas en la boca de la vieja, aleteaba desesperadamente. Pero se quemaba. Además, el vejestorio lo apartaba a manotazos cuando sentía las grandes uñas negras en la cara.

—¡A correr!

Mientras los dos niños corrían, oyeron la fina vocecilla del leño:

—¡Es-pe-rad-me! ¡Crec! ¡Co-ged-me! ¡Crep! ¡A-bue-lo Ro-ble!

No lo esperaron. Estaban demasiado espantados.

—¡Pobrecillo!

—¡No se lo va a comer! ¡Le está quemando la boca!

Corrieron descalzos, pinchándose los pies y los tobillos con los zarzales, las ardeviejas, los matojos secos y las ramillas que los arañaban. Jadeaban de tal manera que no podían ni hablar. Cuando uno se atoraba, el otro le decía: «¡No... pares!».

Encontraron el riachuelo, que pasaron mojándose hasta las rodillas (Tavo cayó de culo en él). Encontraron la cueva, que miraron de reojo, temerosos de volver a oír el rugido. Vieron la colmena de las abejas, que seguían zumbando tan ocupadas. Pero esta vez no les hicieron caso.

Cuando encontraron a sus padres, la madre aún leía y el padre no había despertado.

—¿Ya estáis de vuelta? ¿Tan pronto? ¡Oh! ¿Y los zapatos? Pero ¿habéis visto qué pinta tenéis? ¿Dónde habéis...?

La madre se levantó.

—¡El leño! ¡La vieja...!

Pero resulta muy difícil explicar por qué se vuelve descalzo o cómo se han perdido las llaves de casa, si de lo que se trata es de una vieja que podría devorar el mundo entero, de un cuervo malvado y de un fuego que no se apaga.

Su madre se enfadó.

—¡Si es que no se os puede dejar solos!

Las cigarras volvían a cantar. Se oía el piar de pájaros, el susurro de hojas y la brisa. De vez en cuando, una abubilla, el rugido de algún animal grande, el zumbido de los insectos, el graznido de un cuervo...